



Por senderos que la maleza oculta

Knut Hamsun

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo



colección letrasnórdicas

Nórdicalibros

KNUT HAMSUN, *Por senderos que la maleza oculta*, traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, Nórdica libros, Madrid, 2012, 160 pp. ISBN 978-84-92683-88-8. (*Paa gjengrodde stier*, 1949).

Knut Hamsun muere en 1952 a los 92 años y los acontecimientos que le sirven de motivo para escribir *Por senderos que la maleza oculta* hacen referencia a los años en que se sintió preso, entre 1945 y 1949: acusado de un delito de traición a la patria y mientras se celebraba el juicio y tenía lugar la sentencia, Hamsun fue sometido a diversas formas de arresto domiciliario, traslados forzosos, ingresos en instituciones psiquiátricas... Esa traición la había provocado su simpatía con el gobierno que regía Noruega durante la ocupación nazi desde 1942 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Un escritor loado y estimado en su país y premiado con el Premio Nobel de Literatura en 1920 es arrestado de manera que, sin perder la libertad, todos sus movimientos son decididos por otros y sus pensamientos comienzan a amontonarse y en señal de rebeldía desbordan la vida de un anciano y nos llegan a nosotros en forma de libro cuyas líneas danzan entre la autobiografía y la ficción. Con gran destreza narrativa, consigna las emociones de un hombre viejo y muy arado que contempla el mundo y su vida desde la atalaya de la edad con toda la sabiduría y experiencia acumulada que le permiten ser dueño de su pasado y de sus recuerdos, escogiendo aquello que le ha hecho mejor y rechazando lo inútil de muchos esfuerzos -“no hay nada de sabiduría en este recuerdo”-. Sin embargo, renunciar a aquellos con los que hemos crecido tampoco nos hace mejores y por ello emprende Hamsun el camino de vuelta a su pasado.

Obediente, y como cualquier animal doméstico, no abandona el recinto asignado, sea su casa, un hospital o la residencia de ancianos. En sus paseos procura no dejar de ver el edificio que le retiene, y cuando al final se atreve a ir más allá, la inocencia del límite traspasado alienta su ansia de libertad y la necesidad de resolver cuanto antes su situación para que la vida continúe pasando para él, que, dice, “era un hombre viejo y estaba sordo, pero me encontraba sano y bien cuando me arrancaron de mi vida y trabajos cotidianos, y me encerraron”. Cobra así importancia en ese momento la sordera que ya hacía años le afectaba, pero que ahora acrecienta más todavía su evidente aislamiento: “Todo el mundo lleva tanto tiempo callado conmigo que me he olvidado de hablar, he estado solo, antes veía bien, pero no oía... Ya ni siquiera hablo conmigo mismo por falta de mala costumbre”. Pero la valía de su testimonio radica en la fortaleza de su conciencia. Se sabe aislado, pero no se abandona porque de él mismo depende su supervivencia: “Ya no oigo el murmullo del bosque, pero veo mecerse las ramas. Eso en sí ya es algo de lo que alegrarse”. Otras emociones, otros sentidos le brindan aquello que el oído y el odio le han hurtado: no es el personal del hospital que le acoge, ni la policía que le detiene, ni el juez instructor que le interroga, es un joven el que, desatendiendo su ruego, orada la confianza que siempre había tenido Hamsun en la humanidad.

Por senderos que la maleza oculta muestra la desazón de un hombre que se ve indefenso y que intenta desnudar su alma. En ningún momento es una denuncia (“no tengo intención de quejarme de



nada”), pero el relato nos deja a un personaje abandonado (o más bien colgado como él dice) por la justicia noruega que parece más preocupada en dejarle morir que en absolverle, si ese fuera el caso: “No hay nada más cansado y eterno que andar esperando la muerte de otra persona”. Y en estas que llega el sobreseimiento del caso, que impide su absolución o su condena y con ellas el descanso: todo queda en el aire, la opinión pública, el delito, incluso el acusado: “su impulsiva intervención [la del fiscal general del reino] me hizo quedarme colgado entre el cielo y la tierra, y mi caso no fue resuelto a pesar de todo”.

Sin embargo, el juicio llegó a celebrarse y Knut Hamsun tuvo ocasión de presentar las causas de sus actuaciones, las pautas de su comportamiento. Es un narrador y como tal se presenta al tribunal, sin intención de juzgar ni de defenderse, sólo pretende mostrar los hechos tal y como sucedieron, dejando en manos de Dios su juicio final: “Pero no ha sido mi intención presentarlos como una defensa... Eso puede esperar a otra ocasión más adelante, tal vez a mejores tiempos ante un tribunal que no sea este... Tengo el tiempo por delante”. En todo momento se describe como viejo y sordo, o lo que es lo mismo, se muestra sabio y aislado: asido al sentido común y a la certeza de haber actuado en todo momento de acuerdo con su conciencia, sin sentirse traidor a su patria, que es el delito del que se le acusa, sino todo lo contrario, porque sus artículos fueron escritos en defensa de un país independiente y relevante en Europa, aunque esa Europa fuera la que el régimen nazi estaba extendiendo con sus ocupaciones.

Aun así, a pesar de las continuas muestras de humildad respecto de aquellos que le han de juzgar y de aquellos que ya le han juzgado, durante todo el relato nos hace patente su soberbia, que en unos casos viste de indiferencia (“Pero yo puedo esperar. No tengo otra cosa que hacer”) y en otros de sabiduría (“Y los que superamos todas las edades, encendemos nuestra pipa y seguimos ocupándonos de nuestras pequeñas cosas”). Su edad y el reconocimiento internacional de su obra revisten sus palabras de rotundidad: no estamos ante un anciano patético que pide disculpas por su comportamiento en el pasado, sino que este texto sirve de continuidad a toda su obra en la que en cada novela un hombre se enfrenta a sí mismo para abrirse camino en medio de una naturaleza poco generosa que tiene su continuidad en una sociedad rúcana.

Como si de un campo de batalla se tratara, Knut Hamsun traza sus personajes en continua lucha por sobrevivir frente al enemigo, frente a la naturaleza, frente a sí mismos. Llegados al final, el anciano general, a solas en su tienda, diseña un plan que si bien no asegura la victoria, al menos permitirá a sus hombres demostrar su arrojo. Así llegamos a leer *Por senderos que la maleza oculta* como el regreso de todos y cada uno de los personajes que trazó Knut Hamsun en sus novelas, como el regreso del propio escritor. No cabe duda que se da voz a sí mismo para dársela a la humanidad, aquella que persiguiendo un sueño se adentra en el bosque hostil, tupido, oscuro y helado de la estepa noruega. Es en esos bosques donde encuentra la similitud que le permite explicar aquello que le acontece: “es hermoso y pequeño, un metro de alto y derecho como una vela, pero hay un enorme álamo haciéndole sombra, y rozándole la copa con sus hojas día y noche, privándolo de todo reposo”. Igual que el abeto bajo el álamo, Hamsun se siente desesperado con todo aquello que le rodea porque se siente solo y abandonado (“sobretudo le da lo mismo al mundo cómo le vaya al individuo, en este caso a mí”) y a pesar de que la vejez le permite sobrellevar mejor y entender su soledad, esta misma vejez acelera hacia el fin y puede impedirle acabar su tarea: “hasta la primavera no se verá si la copa del pequeño abeto aún sigue viva”.

A partir de aquí, como en una premonición, la serenidad se acentúa, a pesar que la vida está tocando a su fin: “estamos todos de



viaje hacia un país al que llegaremos a tiempo”. Queda mucho por resolver y sin embargo no hay tregua: es preciso explicar cómo, tras el abandono de sus tierras, de sus seres queridos y de sus cotidianas ocupaciones (aquello que le ancla a la realidad), un hombre solo traza el sendero de vuelta, buscando dónde reconocerse para partir de nuevo. Son esos senderos vagamente explorados en un bosque que sólo brinda a la esperanza del vagabundo pequeños detalles orientativos, ya sea un tronco caído o la boca de una madriguera abandonada. A ellos se aferra Knut Hamsun abrazado a aquello que le ha hecho querido, su pluma, y, con ella, su capacidad para narrar el propio desconcierto del hombre que intenta dirigir las cosas que le rodean y su propia vida.

José V. Garibo